

La Jornada de Ahuachapán

(DIARIO DE UN REVOLUCIONARIO)

Dedico estos recuerdos a los que conmigo compartieron las penalidades de aquellos aciagos días de Diciembre.

Domingo 5 de Noviembre.—Un cielo azul lleno de sol, hizo marco a nuestra partida. La esperanza, esa dama preciosa de mirada halagadora nos atrae. Sarcasmos los de la vida. Es una fecha gloriosa para nuestra Patria y tenemos que salir, no huyendo, sino en busca de horizontes de Libertad.

Mi madre no me detuvo. Siempre recordaré sus palabras: “Nuestra Patria antes que yo. Dios te bendiga en todo momento”.

Este día es decisivo en mi vida. Doy principio al sacrificio de mí mismo en aras de lo que adoro: mi Patria.

Antes ya me había revelado en mi interior contra los principios que siempre han querido establecer en este pueblo las mentes obtusas, pero estos días de atropellos y vejaciones tremendas han sido un aliciente para mi determinación. “Si no nos sacrificamos los jóvenes, ¿quiénes lo harán?”.

El cuadro familiar lo llevo presente. No doy mis ojos a mi madre para que no los vea húmedos, y, antes de que los vea, salgo rápidamente.

*
* *

Las esperanzas se multiplican. ¡Cuánto amigo veo ahora! Todos sonríen ante el encuentro de uno que acaba de llegar. Estamos en una esquina de la Sexta Avenida. Pasa una *patojita* que arrastra hacia ella nuestras miradas, las que al momento se enredan en el incesante ir y venir de esta calle tan concurrida. La conversación comienza sin ceremonias, no sé ni con qué palabras. . . “Y noticias de los últimos que han venido dicen que mataron a X”. ¿Será cierto?, se pregunta alguien. Otro responde: “Nada tiene de extraño, seguirán sucediendo esos crímenes”. . . Callamos todos. El pensamiento se dirige a esta palabra: “Volveremos”. Sí, volveremos. Muerdo mis labios. Quisiera

gritar, decir a este pueblo lo que allá sucede; describir en candentes frases el desorden y el crimen introducido por un sicario. Me detengo y reflexiono. ¡No, no quiero hacer el triste papel de gritón! No es con gritos y ademanes epilépticos con los que se gana una causa. Es con hechos y pensamiento sereno. Me despido de mis amigos. Llego a la casa y escribo mis impresiones de este día, sin antes dedicar un pensamiento a mi adorada madre.

*
* *

Los días, aunque son claros, para mí transcurren grises. Del otro lado no tengo noticias. En los pocos días que tengo de estar aquí he obtenido sanas lecciones, y ¡qué sanas en verdad! Vienen a mi mente frases pedantescas de esos seres que se nombran mentores de la juventud. Esos seres de los que hablo sirvieron de portavoces a varios gobiernos y con su autorizada palabra (?) alimentaron una inquina, mal fundada por cierto, entre el salvadoreño y el guatemalteco. ¿Acaso no fui yo uno de tantos que andaban en las sombras por culpa de ellos? La miopía espiritual en que nos sumieron esos falsos apóstoles ha desaparecido. Todos nos hemos quitado ese vendaje que no nos dejaba ver bien. ¿Qué diferencia encuentro entre este gran pueblo y el mío? Ninguna. ¿Acaso la grandeza no la han demostrado ya con hechos y no con sosos discursos diplomáticos de sobremesa? Ellos han comprendido nuestro dolor. El dolor nos ha unido. Yo creo que la Patria Grande aquí empezará a fundarse, pero con estas bases que son fuertes e inamovibles. La única vía para la unificación es ésta: la comprensión mutua. No son ya los proyectos tan estériles como trillados propuestos por los charlatanes del unionismo (a mi mente vienen las ideas vertidas por un periodista en su tabloide). La unión de Centro América ha sido el ideal explotado por el político de profesión y el de ocasión, y muchas personas han hecho de él su *modus vivendi*.

Los pueblos del istmo han abierto bien sus ojos, y sus juventudes están dispuestas a echar por tierra a esos falsos paladines que dicen ser intérpretes del sueño moazánico.

Guatemala: mi espíritu rinde tributo a vuestra grandeza.

* *
*

“Mi Patria”, “¡ah, mi tierra!”, “Mi tierrita linda”... frases y frases, pero todas convergen a la primera: “Mi Patria”.

¿Patria? —me pregunto. Antes no me había interrogado qué es eso que llamamos Patria. Si al obrero le preguntara, me contestaría: “Es algo inexplicable”; si al campesino: “Pues no sé, pero siento que la quiero”. Y así, unos me darían definiciones con todo el aparato lógico, otros un pensamiento literario.

¿Patria? Patria no es el pedazón de tierra limitado con delimitaciones arbitrarias, límites resultantes de los Gobiernos en pugna. Patria es un sentimiento, síntesis de muchos sentimientos, éstos a la vez alimentados por el recuerdo. El recuerdo de nuestra santa madre, el recuerdo de nuestra primera novia; la memoria de aquellos lugares en donde capeábamos huyendo del profesor gruñón; la memoria de los juegos infantiles: ladrón librado, pizcucha, capirucho, trompo. . . Todos, todos esos recuerdos son una marejada que en las noches golpean en mi mente. Desfilan uno a uno, para exclamar ya cuando he urgado hasta el último rincón de mi pasado: “¡Ah, mi Patria, la más divina de la tierra!”. Y esa expresión, dicha con toda el alma, brota de ese sentimiento-síntesis.

¿Podrán las armas de esos criminales segar ese sentimiento? ¿Podría el brillo de las bayonetas amedrentarnos? ¡Nunca! ¿Es la bolsa de tiros, el fusil, la pistola, la cárcel, las torturas, lo que calla la voz de un pueblo? ¡NO! Error de los tiranos pretender ese imposible. Podrán matar a cien amantes de la Libertad, pero las lágrimas de las madres, de las hermanas o de las novias, serán fuentes que inspirarán a más patriotas. El sentimiento patrio jamás se mata: es eterno, es inmortal.

*
* *

El día del retorno está cercano. Las luces y todo el bullicio de la capital no nos hace falta.

Alguien me dice.

—Mira, ¿no has notado el cambio del menú?

—Pues, hombre no.

—Fijate, ayer nos dieron tortilla, frijoles y café. Hoy nos han dado, café, frijoles y tortilla.

A la hora de comer se hace derroche de bromas.

Es de noche. Alrededor de la fogata algunos cantan canciones que estaban de moda cuando salimos. . . “Tan lejos de ti me voy a morir. . .” y sus estrofas despiertan en mí, recuerdos que ya estaban dormidos. Y no puedo menos que evocarlos.

En la guitarra gime la prima, llora la bordona. Todos callamos. El sueño se va introduciendo en nuestros cuerpos cansados, pero a pesar de ello tengo tiempo todavía de trazar estas frases.

Domingo 10 de Diciembre.—El día tan esperado llegó. El entusiasmo es grande, inmenso. Los vivas a mi adorada Patria se unen a los vivas a la tierra del Quetzal. Somos una tropa de astrosos, de rotos y remendados. Emprendemos la marcha bajo un sol abrasador. Aquí no hay distinción alguna. Soy cabo de un grupo. Adelante de mí va un campesino; atrás un obrero, allá un maestro; adelante de él otro estudiante. Codo a codo vamos juntos. La cara de la mayor parte de nosotros no sabe lo que es la hoja de afeitar. Rostros de adolescentes, rostros juveniles; muchos niños, ayer no más, que ahora se sienten hombres. Todos sonreímos. Vamos llenos de esperanza de esa fuerza inevitable que atrae irresistiblemente. Pienso, y así como yo muchos o todos piensan; lo adivino por el mutismo en que vamos sumidos: ¿Cuántos de nosotros moriremos?... ¡Sólo Dios lo sabe! ¿Dios? Sí, Dios; esta palabra pronunciada en estos instantes es el único apoyo de nuestro espíritu. ¿Cuántos de estos cuerpos que ahora marchamos no alcanzarán a llegar a sus hogares?... ¡Sólo Dios lo sabe! Y mi pensamiento está allá, al lado de mi madre, besándole su frente morena, del color de nuestra raza; viéndole sus ojos húmedos, pero recordando sus palabras: “Nuestra Patria antes que yo, Dios te bendiga en todo momento”. Y ante este recuerdo me siento coloso; una fuerza extraña llena mis músculos, y aprieto mi fusil contra mi muslo. El ruido de los cartuchos de mis compañeros y los míos, forman una sinfonía de muerte.

Son las nueve y media de la noche. Todos sentimos cansancio. La sed y el hambre empiezan a clavarnos sus garras. Se hace sentir la voz de ¡alto! Acampamos en un llano. Con la cara al cielo, sin decir una palabra, todos se van quedando dormidos. Despierto a la medianoche. Estoy húmedo de sereno. Los planetas, allá arriba, brillan con intensidad de piedras preciosas... Las noches nunca son completamente oscuras. Hay una claridad que despierta, en mí, la idea de que quizás así fue la claridad precursora de la formación de este mundo ahora ensangrentado. ¿No será acaso esta claridad que observo la portada a ese mundo mejor que aspiramos?... Cerca de mí alguien se enjuga unas lágrimas, huye de mí el pensamiento. Aprovechando el sueño de otros, ha desahogado sus penas. Es bien sabido que todos tenemos penas. ¿Estará pensando en su madre? ¿En su novia...? En estos instantes pienso en la muerte; ¿acaso él estará pensando en esa enlutada de faz huesosa y falanges heladas?... No sé, y por no ser inoportuno no le pregunto nada... Sin sentirlo, el sueño me vence de nuevo.

Lunes 11 de Diciembre.—Hace veinticuatro horas que emprendimos la jornada. Al medio día reanudamos de nuevo la marcha. Desayunamos y almoizamos con caña de azúcar. ¿Protestas? Nadie dice palabra. ¿Acaso no vamos a nuestra tierra? . . . En todos priva un alto espíritu. Decimos bromas, bromas sangrientas. Alguien le dice a otro: —Procurá caer cerca de mí, me gustan tus botas. . . Y la risa de los que escuchamos se mezcla con el pensamiento trágico. Y los dichos populares brotan a montones: —¿Vas afligido? No fregués. ¡Vaya, hombre! Nadie se muere en la víspera. El chumpe es el único que se muere en la víspera. ¿Verdad, muchachos? Y así de broma, de risa en risa, se olvida la dureza del camino.

Son cerca de las once de la noche. A corta distancia está el Paz. El viento ruge en esta noche helada. Las copas de los árboles se arremolinan. . . unen sus copas. . . las desunen. . . es una danza de fantasmas. Tenemos sed, hambre, sueño y frío. . . Las bromas son esporádicas. Siento ganas de platicar, y voy a donde un viejecito de sesenta años más o menos. Limpia con solemnidad su fusil.

—¿Qué tal, tatita?

—Bien, cipote.

—Ya se acerca el momento. ¿Tiene miedo?

—¿Miedo? No, hombre; fuí soldado de Regalado.

Siguen sus palabras. Me cuenta muchas cosas. Al lado de él están dos muchachos. Me miran. El viejecito me dice: —mis dos hijos vienen conmigo.

—¿Sus dos hijos? . . .

*

* *

Aquella gente oscura por su cuna, que quizá no sabe nuestro Himno; aquella gente sin un pasado, sin un presente, sin porvenir, ese Juan, de Alberto Masferrei, empuñando el fusil es el más digno representativo del alma nacional. ¿Podrán aniquilar el patriotismo de nuestro gran pueblo los tiranos? . . . Me despido de aquel tronco añoso y fuerte, mientras sus dedos rugosos siguen limpiando el arma que mata.

Martes 12 de Diciembre.—En toda la noche no he cerrado los ojos. Dos de la madrugada. Nos organizamos para emprender la marcha. Estamos esperando la orden de salida. Unos a otros nos vemos; no hablamos. Partimos. Nos obsequian un octavo de litro de un licor fuerte para cada dos hombres. Me lo echo en la bolsa de atrás. Vamos en dirección al río Paz. No se ve el camino, es ladera y pedregoso. A cada momento resbalamos. Nos han prohibido hablar. Hablamos en

secreto, a pesar de todo. Con mucha pena tiramos nuestros cigarrillos que saben a gloria, pues no permiten que se fume. La marcha es lenta y fatigosa. A las cuatro y media más o menos, allá en el Oriente, aparece "el doble cuerno de la luna", triste y rojizo. A las cinco y media llegamos al Paz. Llenamos nuestros estómagos exhaustos, con agua. Lo atravesamos con rapidez sin desnudarnos. El agua me llegó arriba de las rodillas. Pisamos territorio nuestro. Nadie muestra nerviosismo. Ya hay bastante claridad. La energía se agota con la noche y vuelve con el día. Eso me lo dijeron una vez, pero no lo creí; en realidad es cierto. Con rapidez escalamos la cumbre que está frente a nosotros. El disco rojo del sol está allá en el horizonte, casi sobre él. "Adelante", es la voz de mando. Y marchamos por el camino que nos conduce a nuestro objetivo. Ahuachapán. El octavo de licor lo abro y dos o tres tragos los ingiero de un solo. Mi hermano es saigento del mismo grupo en que yo soy cabo y íe al verme aturrar la cara. Somos de las compañías de vanguardia. De los ranchos que están a la orilla del camino algunos nos proporcionan tortillas, o dulce de panela; pero es insignificante la cantidad, pues no alcanza para todos. Todos quieren. Doy lo que me dan. Llegamos a unos maicillales. Cortamos de un maicillo que casi está maduro. Nuestra hambre es atroz y en verdad, es rico manjar el maicillo. El sol ya calienta bastante y el sudor moja nuestras ropas. El cielo está despejado, tiene un azul intenso. A lo lejos el viento arremolina el polvo que se levanta en columnas, de esas en que dicen que danza el diablo. El terreno es bastante accidentado. Se empieza a ver en abundancia espinos blancos y uno que otro morro, desperdigados. Algunos de nuestros compañeros han caído extenuados y algunos muertos de sed y hambre. Sus cuerpos quedan a la vera del camino. La marcha no se interrumpe. Casi no pronunciamos palabras. Hemos llegado a un llano. Se escuchan disparos a retaguardia "Adelante", es la voz de nuestros oficiales; y todos forzamos el paso. Casi corremos en aquellos llanos inermes. No tardaremos en ser atacados. Nos replegamos. Nos tendemos automáticamente. Pienso, mientras esto sucede. Recuerdo a mi madre. La idea de morir no me aterra. Hago remembranzas de mi niñez. Todo esto es como un relámpago. El tartamudeo de las automáticas me despierta a la realidad. Las balas cuando pasan cerca zumban como abejas; cuando van altas, silban. Nuestro grupo lleva a su cargo una ametralladora. Tomamos buena posición con nuestra pieza y . . .

Hemos tomado unas alturas. Ahuachapán se divisa desde aquí. Son las once de la mañana. A ochocientos metros vienen dos camiones cargados de tropas. Los dejamos que se acerquen. No les hacemos ruido. No se imaginan que aquí estamos nosotros . . .

Estamos en un cafetal. No muy lejos se escuchan disparos de ametralladora. Es en el llano. Aquí estamos silenciosos, indiferentes ante las circunstancias. El cansancio nos ha dominado: la sed y el hambre producen sus efectos. Bajo la sombra unos duermen, otros nos miramos las caras. Todos mostramos agotamiento. Las ojeras son las que más resaltan en nuestros rostros: son oscuras y tienen aquel brillo de la plumbagina. Nuestros ojos son extraños; ligeras arrugas surcan nuestras frentes. ¿En qué pensamos? En nada. Al menos yo no pienso en nada. Trato de formar imágenes y me es imposible. Sólo sé que estoy aquí, en estos instantes, ante la muerte que nos acecha, que nos busca. Pero “la suerte está echada” y la esperanza, la gran esperanza que traemos es el último destello ante la oscuridad que vemos. Pero a pesar de todo el pesimismo no se deja escuchar. Son las dos de la tarde. Nos reorganizamos. En realidad somos pocos. Nos jugaremos la última carta. La marcha se inicia. Los aviones nos buscan. Dejan caer sus bombas. Pican, hacen estrépito. Allá se ve la ciudad con sus techos dorados por el sol. El nixtamaíl que encontramos en los ranchos lo embolsamos y lo comemos poco a poco. Siento necesidad de un cigarrillo. No sé ni donde lo conseguí. Doy dos o tres chupetazos. . . Me piden la fianza. Fumamos trece. Hemos llegado cerca de la ciudad. Está bastante oscuro. Serán las seis y media de la tarde. Las últimas órdenes las recibimos. Son electrizantes. No puedo ver la palidez de los rostros porque ya es de noche. Siento escalofríos. Rechino los dientes para evitar el castañeteo. Es el miedo que trata de vencerme. Es el instinto de conservación; es lo animal que en nosotros existió; es el ansia de vivir lo que quiere gritar en mí. Me sonrío. Es una sonrisa sin alma. Me sobrepongo. El miedo lo siente todo hombre, la cobardía es imperdonable. De nuevo nos dan las órdenes. A media cuadra se ve el primer foco de la ciudad. Caminamos con sigilo. Quitamos el seguro del fusil. Mis ojos buscan objetivo. El índice de mi diestra acaricia el disparador. Mi cuerpo ha adquirido un calor extraño. Un rayo de vigor ha penetrado en mi cuerpo. Sólo recuerdo a mi madre. Una orden seca desaloja mis ideas: ¡Ya! El primer salto lo damos; es como de 25 metros. Fuego nutrido nos recibe. Veo las bocas de fuego de las automáticas. Los oídos me han quedado zumbando. La serenidad nos asiste. Ni un segundo tardamos en contestar el fuego.

¡Ya! es la voz ejecutiva, y a esa voz corremos otro trecho, 15 ó 20 metros. Con rapidez nos tendemos en el empedrado de la calle. La ráfaga de la ametralladora que cubre nuestro avance principia, calla. ¡Ya! dicen de nuevo; corremos otro trecho y de nuevo nos tendemos. La frialdad de que siempre estuve revestido la he derretido. ¿Por qué no dar la vida en aras de ese ideal: la libertad? ¡Ah, la Libertad! No

conozco tu rostro, y aquí estoy tendido en estos instantes en una calle de Ahuachapán en este 12 de Diciembre luchando por conquistarte. Somos soldados de la humanidad, locos, románticos o como nos quieran llamar, pero que nos importa poco la vida si es que habrá de fructificar en el futuro.

Avanzo como autómeta. Siempre busco objetivo antes de disparar. No hay que gastar nunca un cartucho en balde. A menos de 50 metros está el parque. En dos saltos haremos ese avance. La voz de mando se deja sentir. Corremos 25 metros. El reloj del kiosko marca las siete y veinticinco. El fuego es intenso. El último salto es hasta el centro del parque. La mano de uno de los servidores está herida. Me toca sustituirlo. Siento que es una pluma la ametralladora. ¡Ya! Es el último salto. Hemos logrado colocarnos en el parque. . . El viento arremolina los árboles. Los ladrillos del parque están fiños. Unos caen rendidos de cansancio. Me siento cansado. La noche es helada y llega hasta nuestros huesos. El fuego sigue, no cesa ni un instante. Hay bajas en nuestras filas. Hirieron a Meme Ariz dice alguien. En ese instante sólo es una noticia; no la profundizo. Hay alguien destrozado de las piernas, a unos diez metros de donde estoy; vomita sangre un compañero. Tiene un balazo en el estómago. Otro tiene desgarrado un brazo. El cuadro no me aterriza. Nunca había visto que alguien sangrara de esa manera. Mis ojos chocan por primera vez ante el crimen de la guerra en su aspecto más trágico: la guerra civil. La cabeza la siento pesada. Tengo deseos de hablar. Sólo logio decir: ¡Malditos! Sí, malditos aquellos que lanzan al hermano contra el hermano. . . Malditos los que fraguan con refinado sadismo estos crímenes: de padre a hijo, de hijo a padre, de hermano a hermano. Una y mil veces malditos estos vampiros que contribuyen a exaltar el odio, cuando hay tanto medio de resolver los conflictos. Soy joven, muy cerca está mi niñez, cuando jugaba a la guerra. Entonces tiraba y me tiraban terrones. Hoy disparo y me disparan balas. ¿Cuántos de esos que me buscan con la mira del fusil me dieron la mano como amigos? ¿Con cuántos me sentaría en los bancos de la escuela? ¿Cuántos de esos tendrán de la sangre que corre por mis venas?

¡Miserables caudillos! ¡Gritones miserables! ¡Sicarios cobardes! ¡Malditos tiranos! Ustedes no han estado nunca frente a estos cuadros. No han sentido esa garra despiadada del pensamiento que se clava en el cerebro, y que nos hace reflexionar sobre esto que no es guerra sino crimen. En nombre de la Patria se mata, en nombre de la Patria se masacra; y tú, que dirigiste el crimen, campeas tu asquerosa figura en las calles. Son las once y media. Ha cesado el fuego.

Vivamos a nuestra Patria. Vivamos la Constitución de 1886. Vivamos la Democracia. Nuestros gritos son histéricos.

El tiempo pasa rápido. ¿Somos hombres o somos seres inanimados? Estamos en el último grado de la indiferencia. Una ciudad en nuestras manos. Muertos y heridos. Mi cuerpo está con vida. Allá arriba, el cielo, agujereado de luceros, inmenso y callado... Aquí, los hombres lobos nos matamos. Uno que otro disparo se escucha. Son las dos de la madrugada del día 13 de Diciembre. Estoy con mi hermano en un grupo encargado de detener unos camiones. Hasta ahí nos llegan a avisar que los primeros ya se retiraron. Emprendemos la salida. Abandonamos Ahuachapán.

Allá queda a nuestras espaldas. Allá en esa ciudad se acaba de cerrar con un gesto romántico el año 1944. Es un broche sangriento... Ese gesto no habrá de ser el último.

Diciembre 9 del Año 2 de la lucha revolucionaria.